

La transición de Velásquez

Andrés Cañizález*



En julio de 1993, hace 15 años, la edición número 556 de *SIC* tanto el editorial como un extenso trabajo de Arturo Sosa, repasaban tanto las condiciones como los desafíos del gobierno de transición que iniciaba entonces Ramón J. Velásquez. El asunto no era menor, el sistema democrático implantado en 1958, se había puesto a prueba con el juicio y posterior separación del poder de Carlos Andrés Pérez, por el sonado caso de la

partida secreta. Cónsona con una línea de comentarios que venía realizándose desde enero de 1988, cuando se cumplieron tres décadas de democracia, *SIC* hacía un llamado a la clase política dirigente en dos direcciones: era necesario que Velásquez culminase su gestión con éxito. Era indispensable que llevara el barco a buen puerto. Esto se concretaría en febrero de 1994 cuando Velásquez le entregó la banda presidencial a Rafael Caldera.

El otro llamado, una suerte de letanía por aquellos años, tenía que ver con la necesidad de reformular el pacto político nacional. Para *SIC* era indispensable abrir canales de diálogo con los diferentes sectores sociales del país, recoger demandas y expectativas, y promover desde la alta dirigencia nacional un nuevo modelo, dado el notable agotamiento del instaurado en 1958. Los resultados electorales de diciembre de 1993 pondrían en evidencia, con un electorado fragmentado entre cuatro candidatos y con poca diferencia de votos entre sí (Rafael Caldera, Álvarez Paz, Claudio Fermín y Andrés Velásquez), además de un Caldera autoproclamado *outsider*, que los días del modelo de 1958 estaban contados.

Hace 20 años, en la edición de julio-agosto de 1988, número 507 de *SIC*, José Virtuoso alertaba sobre los peligros de la ideología revolucionaria. A su juicio, el debate que se estaba dando en algunos sectores populares, con un adoctrinamiento revolucionario excesivo, podía hacer perder el foco en los problemas principales que confrontaba el país. Para el autor, el traslado de una ideología marxista-leninista a las organizaciones sociales las alejaba de su capacidad de análisis del entorno, y la búsqueda de soluciones aterrizadas. Con la introducción de la ideología, se asumía una forma de explicación de la realidad social a partir de un discurso cerrado en sí mis-

mo, una suerte de tamiz que impide analizar las contradicciones presentes en la sociedad. Otro aspecto que criticaba el artículo, era la noción de verdades absolutas que traía consigo dicha mirada ideologizada. Virtuoso hacía suyas las propias críticas de Marx a los socialistas utópicos del siglo XIX, en el sentido de concentrar toda la mirada en una esperanza utópica, de una gran transformación social, pero sin poner los pies sobre la tierra, y a partir de la realidad concreta, el aquí y el ahora de Venezuela, comenzar a transformar dicha realidad. Finalmente colocaba el artículo algunos ejemplos, de cómo se perdía el foco de análisis en el movimiento popular, si sólo se asumía que los triunfos de AD y COPEI se debían a que el pueblo estaba alienado, y no se hacía un ejercicio real de autocritica por parte de la izquierda, y de las propuestas alternativas que no lograban calar con respaldo popular.

Entretanto, en julio-agosto de 1973, la edición 357 de *SIC* daba cuenta de la reciente crisis lechera en Venezuela. Si bien un conflicto promovido por los ganaderos del sur del lago de Maracaibo no llegó a estallar, lo que habría significado una paralización de la producción de leche pasteurizada, la situación reveló con crudeza la insuficiente producción nacional. El gobierno de Rafael Caldera terminó otorgándole mayores subsidios a los productores, para evitar que el aumento concedido se trasladara a la población, y también otorgó mayor margen para la importación de leche en polvo. Sin embargo, como señalaba la revista en aquel momento, se requerían medidas de largo plazo, además de las paliativas, para poder solventar la situación de forma permanente.

* Miembro del Consejo de Redacción.